

Pero quise concluir esto con la noticia de un servicio, que hice a mi patria Monterey, estando en ella, para que su verifique que no hay mal que por bien provenga. El Sr Obispo Valdés era hombre temeroso; y ha viendo tenido un pieque en Monterey determinó mudar la mitra a la Villa del Saltillo, para lo cual envió al consejo con acuerdo de los canónigos, siempre estuvieron comprobantes de sus Prelados, un informe en que daban ventajas al Saltillo sobre mi patria, y aunque de ninguna manera es comparable. Y lo hubiera logrado sin mí, y el uno viniendo que teníamos de Méjico el fiscal Paredas y yo. Encuentrándome en el Pueblo, me contó la solicitud del Obispo, para que le informase sobre los males que decía de mi patria. Yo le revati, y dije crío que la ciudad había también puesto informe contrario al del Obispo. Yo habrían sacado del correo, respondié por que aquello se hace. Yo le dije que avisaría a la ciudad para que me enviase otro, si me hacia favor de tener el expediente en su poder. Convino y yo avisé a mi hermano Don Fray Juan de la pertenencia del Obispo, y de los puntos que nos objetaban, para que reuniese al instante el Ayuntamiento, y enviaré el informe correspondiente, que llegó efectivamente, y frustró los planes del Sr Valdés. Si aún existe pues la catedral en mi patria, si misse me debes. Ahora sigue la narración de mis aventuras.

Capítulo 4º

Desde que se consumó modificativamente la resolución del Consejo hasta mi llegada a París

Seguramente no pensó yo en obviar la iniquidad del consejo, ni los caprichos de Leon, que tampoco pensaba si no en ganar tiempo. Prometerme hacían e justicia, después de haber hecho cumplir la sentencia del Arzobispo, era una burla. Pero no tenía dinero para subsistir. El consejo, a consecuencia del decreto real, puso orden al apoderado de mi Provincia para que me proveyese de lo necesario en Salamanca, y dispusiese mi viaje, dandome a mí el dinero necesario p. el gasto. Yo para rogar este socorro, me puse de acuerdo con un calzador, que se presentó con miyo al apoderado, hacia la madrugada del dia siguiente semblante de partir, abandoné mi celda al cuarto de indios de San Francisco, recibí del apoderado de una onza de oro y me oculté. Pero el calzador fué mas vivo, descubrió mi abrigo, y me exigió el dinero que me dije le pedían. ¿Como les podían pedir lo que no te habían entregado? De modo sin embargo de que me descubriera de diez duros, que era lo que me restaba al cabo de cuatro días. Seguramente se los cogió, pues dijo al apoderado que yo diciéndole quería a practicar cierta diligencia, lo había hecho aguardar todo el dia, lo que

super despues. Leon me colo en cara su meditacion. Esta es la unica intriga que he intentado en esta vida, y me salio tan mal como se lo visto. Mi candor corrompe a todo prouejo. En vano mis amigos me han esforzado siempre a tener un poco despicardia cristiana, como ellos decian. Yo esta en mi mano tener malicia.

^{outro}
Me mantuve con el auxilio de algunos americanos, indeciso sobre mi destino, cuando supieron que el conde se había consultado a la cava-chuela, lo que debia hacer de mi, en cogiendo rencor, y que Leon para ensanchar cosa mia, al Ministro Caballero, le habia dicho que yo queria matar; Pobre de mi que cuando hay homen quita en el camino voy saltando para no despachuar sus figuritas! Para salvar la mia qual caballo podia ocultarse largo tiempo, tomo una mula y parti para Burgos, haber si entre los amigos que alli tenia podia juntar algun dinero, y entrar en Francia. Lo que conseguí fue una onza de oro, y a los dos dias determiné marchar a Agreda, donde estaba un clérigo francés contrabandista, que tambien era mi amigo, para que me auxiliase con mas dinero y artificios para penetrar por Francia y llegar hasta Roma con el objeto de sacularme. Mientras tuviese el hábito, no me cabeduda, estarian jugando a la pelota conmigo, porque como se mira a los frailes en España con el ultimo desprecio como

a las heces del pueblo, su honor no importa nada, y cuanto mal se les haya se considera como buena pisa. Toda la dificultad para archivar a uno en cualquier destino consiste en los medios de proveer a su manutencion, y teniendo pruincia a quien mandar que se los de, los apresores quedan expeditos.

A tiempo que yo iba a montar para tomar el camino de Agreda sobrevino el Alcalde mayor de Burgos al meson. Se estaba entonces en mucha recada sobre pasajeros, por la pesto que reinaba en Andalucia; y como el maldito mesonero vió que yo iba salia mas que de noche, porque era muy conocido en Burgos, habia dado parte de que yo era sospechoso. Yo me corté creyendo al guna requisitoria; mi temor y mis respuestas hicieron entrar al juez en suspicacias, se echó sobre mis papeles y encontró la orden del Consejo para ir a Salamanca, y mientras avisaba a la Corte, me envió al Convento de San Francisco. Yo al salir para esto le di al moro que me habia tratado de Madrid la onza de oro, y le dije no se fuese, porque yo saldría de San Francisco por la noche y nos iríamos a Agreda. El lo contó al Maestro y este me mandó poner preso en una celada de dentro de San Francisco. Como yo era tan estimado en Burgos el escuadre fué immenso.

Al dia siguiente un religioso me brindo para

19

sacarme tirándome por la ventana, un corredor de arriba. Pero yo no lo admití, porque siempre candado y encerrado no acababa de conocer, si Leon, y creía que se contentaría con acercarse llevar á Salamanca, habiendo yo declarado ante el Alcalde que solo había venido a Burgos de paso, para recoger algún dinero, con que poner alla mi celda y proveerme de utensilios. Mas el fiero Leon que me volvía á ver entre sus garras, volvió á su tema de hacerme cumplir á la letra la sentencia del Arzobispo, y mandó poner, orden de Heroyme, si las Celdas, y se pultarme allí en un calabozo, los cuatro años que faltaban para cumplir aquella.

El cohachuelo de la mesa confió el secreto á Don Juan Corraide mi amigo, y este me dio la noticia por medio de un comerciante de Burgos, que me entregó la carta á pesar del Guardián del Convento, que me interceptó la correspondencia, porque los frailes no hacen escrupulo sobre esta materia. Un golpe de rayo paralizó por cuatro horas mis sentidos y sentíme. Pues vamonos á perderle todo, dije yo en revinimiento, es necesario aventurarlo todo. y comencé a arbitrar los medios de escapar, mi primer pensamiento, fue a echarme á volar, con el paracaída, cuyas puntas llegué a atar hasta el fondo de un patio formado por un cuadro de tres ordenes de celadas, donde se veía una puerta. Pero era mu-

chfa altura, debían recibirme abajo unas piedras enormes, y podía tener mi vuelo el inicio de Túmulo Mayo. Recurri al religioso que me había ofrecido sacarme al principio, y ya tuve miedo, habiendo visto la diligencia con que se me guardaba, sucediéndose los frailes de dia y noche á hacer centinelas. Pero me sujirió que podría descolgarme por el cordel que formaba el catre de mi cama.

Con el atado de la ventana comencé á descolgarme en el punto de media noche, hora en que el fraile de los centinelas se retiraba con ocasión de los maitines; y mientras hubo ventanas en que extrilar baje bien; pero despues con el peso del cuerpo las manos se me rajaron, y sin saber de mi, baje mas apresia de lo que quisiera. Cuando por lo mismo puse a rayarme hice tortilla en el suelo, me halle á horcajas en la estremidad del cordel, quedaba doblado. Se abrió mi volatería por la raja de la que derramó el corral, y corrí hasta un cuarto de la quia de Burgos, donde está el hospital de los Comendadores del Rey, los cuales me ocultaron aquél dia.

Allí colgué los hábitos por necesidad, y con una bolsa de cuadros, provista de algun matat�aje y otros duros, salí á las ocho de la noche con dirección á Madrid en el coche de San Francisco comodísim. Sería largo con

tar los trabajos que pasó descansando de día, caminando de noche, extraviarse fuera del camino, cada ruido que oía, debatiéndome con los perros que en batallones ocupan las pueblos, temblando de los ladrones que capitaneados por Chafaldain desataban si Castilla la vieja. Estuvieron impacientes en suyo de caminar a pie, y mis pies y piernas se hincharon de manera que despues de diez millas de camino, tan de casi un dia en andar una legua, hasta llegard un pequeño pueblito de segundas distante de Torquemada, donde me fui a Morar. Compadeciéronse mi un arriero que iba para esta villa, me puso sobre un borrico y llevó a lojar a casa de un buen hombre su bienhechor.

Este pormi dínero me dio una mula con un muchacho que me condujese hasta Valladolid. En el camino nos encontraron algunos, que iban pa Burgos y dijeron "ese es el padre que estaba en San Francisco" lo que me hizo apresurar el paso, pues por ellos se pudiera saber mi destino en Burgos, y alcanzarme una requisitoria. En Valladolid me hospedaron dos estudiantes mis antiguos discípulos de elo cuestia en Burgos, y teniamos la prección de que en los días que llegaba el correo de aquella ciudad, yo me salia al campo porque había alguna novedad en la manzana, hasta que ellos me iban avisar para venir a correr. Mi supe que Leon había pedido a Burgos todos mis papeles, que el alcalde multomara y

vieran los principales que llevaba un mozo: los demás habian quedado en Madrid en mi baúl. Esto fué siempre un amparo de Leon, quitarone mis papeles y documentos, para atacarme despues de su visto, y hablar alguna mala ria para criminalme. Allí se tiene mis títulos de arquitecto, de mis grados, mi defensa D^a que los puso en secretaria por que yo encargué despues a Don Leon que los buscase, y no estaban en ellas.

Despues de haber descansado echo o diez días en Valladolid, proseguí mi viaje siempre en calidad de Clerigo francés emigrado, sobre un carro catalán carroaje incomodísimo, que me estropeo el juicio. En llegando a Madrid me fui en casa de Don Juan Carrillo, que vivia junto con Gilomino, hoy fiscal de la Habana, de donde es natural. Me avisaron que Leon furioso de que hubiese escapado de sus garras lo perseguía, habia mandado arrestar todo el convento de San Francisco de Burgos; pero el Alcalde mayor habia informado, que los religiosos se hicieron ver mis manos estampadas con sangre en la pared, lo que probaba que mi fuga habia sido sin su cooperacion. Preguntóme allí que Leon habia mandado poner requisitorias contra mi por toda España. Se crerian atentados sombrajetos? No se juzgaría, á vista de estos escandalos, que yo era alquien asesino, saltador de caminos

40.

o reo de esa magistrad? Como tal me acuso después Leon, únicamente fundado en que el Arzobispo informó que había sido procesado, por los Reyes, aun que Leon tenía en su poder la carta en que el conde de Revillagigedo desmentía al arzobispo. Llasesa pone que si de no era mas que una maldad de este inicio convencido.

El de Méjico Don Tenor me envió avisar que en su propósito había dejado sin requisitoria la Catedral, para que por allí pudiera escapar a Francia; pero por allí carecía yo absolutamente de arbitrio. La falta de dinero era la que me ponía en los mayores peligros. Mi buen hermano Don Joaquín que de Dios traya, no cesaba de escribir desde Monterrey que allá no se encontraba libranzas para España; pero que en esta tornare yo dinero y librarse contra él a letra vista. Mucho más difícil es trazar quién da dinero en España para recibarlo en América; y en tiempo de guerra, que hubo casi siempre con Inglaterra desde que fui a la Península, es casi imposible. España vive de la América, como Roma de las bolas; y en cuanto se dificulta el transporte marítimo no se encuentran allí sino hambre y miseria. El Obispo de la Habana Espiga, para venir entonces a su Obispado, para donde una orden de no pagabas.

Le hizo parte por fan unita y amigo de Urquiza, se habilitó tomando el dinero a diecienves por ciento. ;Como yo habría de allan dinero!

Por el lado de Navarra tenía el arbitrio del Clerigo francés, contrabandista, que estaba en Ayreda. Este también era amigo de Don Juan Cornide, quien tenía por allí relaciones, acáusa de estar su hermano Don Gregorio de provevisor en Francia. Habió pues para transportarme un uno arriero de Ayreda, y él y Filomeno me sacaron por la puerta de Guernaril en un coche sencillo, haciendo gran algarada, el pasar por ellas, para desbaratar a los guardias toda sospecha. Aun cuando se le quiso entregar a los arrieros que ya llevaban mi baúl, con calidad de Clerigo francés emigrado, y para suplir mis títulos. Yo me dije Cornide los del difunto Don Mariano, de quien fué albacea, y me convenía en todo por ser de mi edad y graduacion. Monté en un mulo el nuevo Mariano, y a la noche fuimos a parar en el mezon de los arrieros, estabornos de Alcalá de Henares.

A las ocho de la noche me asistió un tropel ayeran los mismos Cornide y Filomeno, que habiendo obtenido de Don Tenor una copia de la requisitoria, venían a mandarme de telas. En efecto me transformaron diabólicaamente, hasta ponerme con piedra infersal en la mar, sobre la mariz y otro sobre el labio superior. No

me habría unido la madre que me parió. Y con todo
respecto que Leon decía en la requisitoria quería bien pa-
recido, risusto y afable; me exhortaron a permanecer tacitu-
no, hasta ayer. Por eso yo en divisiones guardias, torca-
cer, morros, me ponía vieso, y ejecutaba á la letra que
el ultimo grito del ejercicio portugués, pues las armas
fueron á los enemigos. Sin embargo, no nos atrevímos á
entrar por la puerta de Algeda, donde se abría una requi-
storia, la del gobierno, y otra del Alcalde mayor de Bur-
goz, y el arriero por un portillo me llevó á su casa.

Tras uno de los confidantes de mi clérigo entraban-
dista, y este vino á verme. Le entregué mi baul, que aun
tiene en su poder, y él me entregó á otro confidante suyo,
para que me condujese á Pamplona, recomendado de
á una casa de comercio francés, que yo también conocía,
para que me introdujera en Francia. Al salir de Zaragoza
para Navarra vi las extravagancias despiadas y ru-
inas de España, pues se hace un registro mas rixoso
del dinero que uno lleva de reygo á reygo que en
las fronteras. Aunque todo mi equipaje se reducía á
un saquillo de ropa, que duranaron los guardias por
el techo, y á otros duros que llevaba registrados, pasaron
también con una ~~alegra~~ el foso de mi breviario, por
si llevara allí algún oro.

Llegué á Pamplona cuatro días después de ha-

ber llegado Urquijo preso á su ciudadela, y del mes de
me fui á la casa del comerciante francés. "No vuelve U.
á la posada," me dijo, por que acababan de prender á dos
reyendas que son Uda y Cuesta el Arzobispo de Ávila, fu-
gitivo por la docta pastoral que puso y publicó su
Obispo." Estaba el tiempo critico de la persecución lan-
zada por Godoy (llamado en un breve de Roma por
su columna de la religión) contra los Jansenistas. Así
se llamaban en Europa todos los hombres sólidamente
instruidos en la religión, y amigos de la antigua y lejana
disciplina de la iglesia.

Inmediatamente hizo llamar mi francés á una
criado que había llevado muchos clérigos á Francia por
encargo de los pirineos. Vino con su mula y siguiendo
la, salimos el concurante y yo, repartiendo el á los
guardias algunas pesetas. Monté al caballo del poso de la
Zarzera, y nos encargó que aquella noche nos interna-
ramos todo lo posible en los pirineos, como lo hicieron, cami-
nando hasta las dos de la mañana en que llegamos á
Hasta helados de frío. Otro dia atravesamos el valle Bas-
tan, y al tercero dormimos en incómodas sendas de
en el mar, á Ballona y todos sus alrededores, blan-
queando en el campo, como una vacada. No estuvimos muy
contento en la posada, porque allí estaban los guardias y
tenían la requisitoria; pero el informe del arriero, muy con-

do, de ser yo el rigo francés lo que enprimaba mi piso-
numia y pelo mis lunares y el acento mexicano que ellos
decían ser de extranjero y que en andalucía hacían pasar
a los mexicanos por portugueses, o castellanos y en Cas-
tilia por andaluces me pusieron en salvo.

Otro dia pasamos por Ordás, ultimo lugarcín
to de España por aquel lado, y mi afán era saber don
de era la raya de Francia. Esta es medida el arriero se
balando un arroyito ~~que~~ muy pequeño y sonoro. Lo pasé,
me apíe, y tendí de brumas en el suelo. ¿Qué hace Ud?
me dijo él. Hesparado el pubicon, le respondí, no soy
emigrado sino mexicano, y no traigo sino este pasapor-
te era el de Maniáu de México para España. "No impor-
ta dijo los gendarmes no entienden castellano, y en viendo
lo tan grande le quitaran a Ud el sombrero, como a un gran
personaje." Y así fue.

Dormimos en Ansó, primer lugar de franceses,
esto es de los vascos y vascaynos franceses, porque Vizca-
ya es parte de España, y parte de Francia, y de una y
otra vienen a América como españoles, así como de
la Cataluña francesa y española. Otro dia para entrar
en Bayona, que es plaza murada, el arriero me hizo
apar, y que fuera a entrar con piso dido contigo al del
pase público, donde por primera vez vi los coches tirados
por bueyes. Fue inutil esta diligencia, porque el

dia me extranó, a causa del vestuario, y de ir con botas y
todo cubierto de polvo del camino. Melilla, a la Municipa-
lidad, donde presenté mi pasaporte mexicano, y como no
lo entendieron, me dieron mi carta, o boleto de seguridad.
Todo esto era muy necesario en aquel tiempo por las turba-
lunas, aun no bien apagadas de la república. Todavia
lo era, aunque gobernada por Consules, siendo Bonaparte
el primero. Aquel dia era Viernes de Dolores del año del 80.

¿Qué hacer para vivir, especialmente siendo yo
muy perezoso, conforme a mi nacimiento, e inca-
paz no solo de peregrinar, sino de manifestar mi mis-
ma? Sufria trayas de muerte, y no los hubiera pasado, si
fuese libertino. Una casualidad me hizo entrar sin sa-
berlo, en la gran Sinagoga de los judíos del barrio de
Santi-Espiritus. Se estaban cantando los Salmos en cas-
tellano, y se predicó en castellano. Todos los judíos de Fran-
cia y casi toda Europa, excepto alemanes, son españoles
de origen, y muchos de naturaleza, por que yo los vi a lle-
gar a Bayona y circundarse; todos hablan español
hombres y mujeres; en español están sus Biblias; en
español todos sus libros, y tienen sobre esto tal etique-
ta, que habiendo casado en Bayona un judío alemán
quien en tenoría español, aunque el contrato matrimonial
se le puso también en árabe para que lo entendiera, se le leyó
priuiero en castellano y este fué el que firmó. Y aun en

servan en todo las costumbres españolas, como tambien
son los que principalmente comercian con Espana, por la
qual todos han pasado. La causa de tanto empeño en
conservar todo lo español, es por que dicen que los que vinie-
ron a Espana enviados por el Emperador Adriano, son
de la tribu de Judd.

Entre yo puntualmente era la Sinagoga, el otro
dia de haber llegado, y era puntualmente la pasencia
los días y el cordero. El Rabino predijo probable-
mente siempre se hace en esa pasencia, que el Mesias aun
no había venido, por que lo detenían los pecados de Israel.
En saliendo de la Sinagoga todos me rodearon para saber
que me había parecido del sermon. Name habían extrañan-
do, porque yo llevaba cuello eclesiástico, y por que me qui-
se el sacerdote, cuando al contrario todos ellos lo tenían
puesto en la Sinagoga, y los Ravinos que eran de oficio,
un almíosal adensas sobre la cabeza. El mayor res-
pecto en el oriente es cubrirse la cabeza. Solo en el Oriente
en memoracion de los difuntos, que entran siempre un
huerto se suelen descubrir las cabezas en la Sinago-
ga. Y el modo que tienen para conocer si uno es judío es
preguntarle en hebreo como te llamas? Yo desfiz en un mo-
mento todos los argumentos del Ravino predicador,
y me desafiaron a una disputa pública. La adversaria
y como tenia en las manos la demonstracion evangélica

del Obispo. Hací mi luci tanto en la disputa, que me
aparecio en Matrimonio una jovencita bella y rica, y
llamada Paquel, y en francés Fintas, por que los dos suan
de los nombres uno para entre ellos, y otro para el publi-
co, y aun me ofrecian portarme el viaje a Islanda pa-
ra casarme allí, si no queria hacerlo allí en Francia.

Rehusé, ya se sorprendió su oferta; pero quedé des-
de aquell dia en tanto crédito entre ellos, que me llaman-
ban Tajás, es decir, ^{el sabio} el primer enviado para todas sus
funciones; los Ravinos iban a consultar conmigo sus
severenes, para que les corrigiese el castellano, y me tie-
cieron un vestido azul nuevo. Cuando yo iba por en-
señadur a la Sinagoga, como otros españoles, los Ra-
vinos me hacian tomar asiento en su tribuna, o pulpito.
Y acabada por la noche la función, yo me quedé
yo solo con el Ravino, que estaba de Obispo, para ver
le estudiar lo que se había de leer el otro dia. Sacaba
entonces la ley de Moises, que cuando estaba el pueblo
se saca con gran ceremonia y acatamiento, inclinando to-
dos hacia ella. Esta en rojos, y sin puntos, con solo
las letras consonantes, y la estudiaba el Ravino, leyendo
el libro en la Biblia con puntos. Y luego apagaba yo las
velas de las lamparas, por que ellos no pueden hacerlo
ni encender fuego para hacer de comer o calentar sus
sabados. Se sirven para todo esto de criadas cristianas,

y yo les decía por lo mismo que su religión no podía ser universal.

Como yo estaba todavía de buen aspecto, tampoco me faltaron pretensidores entre los pobres cristianos, que no tenían dificultad en explicarse; y recordando yo la respuesta que esos sacerdotes, medecian que esto no abastaba, si yo quería abandonar el oficio. La turba de sacerdotes que por el terror de la revolución que les obligaba a curarse, contrajeron matrimonio les había quitado el escupulo. En Bayona y en todo el departamento de los bajos Pirineos hasta Dax las mujeres son blancas y bonitas, especialmente las Vascas; pero nunca sentí mas el影响 del clima, que en comienzo a caminar para París, porque sensiblemente vi desde Montmarrazan, a ocho ó diez leguas de Bayona, hasta París, hombres y mujeres morenos y estas feas. En general las francesas son, y están formadas sobre el tipo de las ranas. Malhechas, chatas, boconas, y con los ojos rojizados. Hacia el norte de la Francia, ya son mejores.

Yo para vivir en Bayona, recurri a los clérigos exiliados a España, que habían favorecido en su tránsito un de Burgos a la Coruña. A contemplación del Gobierno francés salió orden en 1797 mandando salir de España para las islas Canarias y Baleares, a los pobres sacerdotes franceses, y los de Burgos la sirvieron para

este efecto de pasar a la Coruña. Yo dirigi a su nombre una suplica circular al clero burgales, para ayudarlos a fin de hacer su viaje. Puesto tanto que el clero entumacado sacó en banderas por las calles a hacer una colecta y su juntó muy bastante para transportar, con diecinueve sesenta sacerdotes, que en obsequio mis vecinos a montar ante el convento de San Pablo, donde yo estaba. Los infelices murieron a Bayona cuarenta frances, con que determinó al cabo de doce meses internarme en Francia. Lo que me faltaba era pasaporte; pero los judíos me hicieron advertir que en el que tenía de México para España, esta estaba en abertura, y se seguía un flanquito al fin del rectángulo. Allí pasé "y Francia"; y me embargué en el río para París distante cuatro leguas.

De allí proseguí a pie para Burdeos, distante mas de veinti leguas, en compañía de dos soldados desertores de España, zapateros. Como todo el camino era un arenal podíci infinito, y al cabo no pudiera pedido llegar a Burdeos, por lo muy inflamado de mis pies, si no me hubiese embarcado en otro río. Mis zapateros comenzaron inmediatamente a trabajar y ganaban dinero como bien, mientras que yo oyendo de teología moría de hambre y envidia. Entonces conoci cuan bien hicieron los padres endar a sus hijos, aunque fueran muy liosos, algún oficio en su niñez, especialmente uno tan facil

síbar nescans en todo el mundo, esto sería poverlos de gran
en todos los accidentes de la vida.

Yo había recibido una carta del Embajador de E-
spaña en París Don Nicolás Arara, y otra del Botánico Koenig,
porque en medio de todos mis trabajos y miserias nescan-
soltó la atención y correspondencia de los sabios de la Euro-
pa. En vista de estas cartas, quel Consul español, que
necesitaba al Embajador para que le aprobase sus cuen-
tas, mandó al Secretario que me alojase. Era una expre-
sión, que se empeñó en hacerme atacita, con la obra de Fre-
net, como si un italiano no hubiese reducido a polvo sus
sofismas. He observado que se leen con gusto los libros
impresos, porque favorecen las pasiones, y no solo no se
tun sus impugnaciones, sino que se desprecian, porque
son fanfarrón, absoluto, y satisfecho de los el increíde-los, pasa al espíritu de sus lectores. Y la verdad es que
los tales fanfarrones, son los ignorantes y los impostores.
Hablan con la satisfacción que en su interior no tienen,
para imponer; y si la tienen es por sumisima ignorancia.
Qui respicit ad paucos ex fasti pronunciat.

Ancuanto nuestro secretario supo que yo tenía di-
nero, pidió orden de Consul, y me hizo pagar, veinte
duros de alojamiento, que se embolsó. El dinero que yo
tenía procedió de la generosidad de Don José Sarca,-
Conde de Guijón, natural de quito, que allí desembarcó.

Yo traje empoleado todo mi dinero en azucar de la Habana,
en la cual pensaba ganar mucho. Por efecto, no la había
entonces en Burdeos. Yo lo alboroté para ir a dar un
paseo a París, antes de entrar en España, y me llevé de
interpretar. Tirata el dinero como si estuviese en América;
y yo considerando que se había de ver en gran miseria en
Europa, donde todos se conjuraron para despojar al Ameríco
su recien venido, le iba a la mano, sin cuando quería ges-
tar en mi obsequio. El se enfadó de esto y me abandonó
en el lugro que llegamos a París. Bien se arrepintió después,
porque le sobraron los trabajos que yo le había predo-
clo. El corriente de Burdeos de Buzacien se había
volvió, en lugar de vender la azucar luego aguardo a
que se llevara de ella la flor, con la flor de Amiens,
y luego vendrá la primada, o ferriente recienta, segue-
rálo con el dinero en pago de alquilerage. Conoció elca-
bo el mundo, mi honestia de bien, y no he tenido después
mejor amigo.

No quiero omitir que un francés al servicio del Es-
pacio, que se llevó mi amigo en Bayona, me recomen-
dió desde Burdeos, con especialidad su hermano que cu-
paba una plaza de influjo en París, porque aunque
usted, le decía de mí, es hombre de bien. Me enseñó
esta clausula, y medijo que era necesaria, porque todos
ellos eran unos libertinos. Despues vi que era clausula comon-

se en la recomendacion de un sacerdote. Tanto habian de clamado los incendiarios contra la religion y sus ministros como unos impostores, que llegaron a impresionar al pueblo, el cual salia a caras en los bosques a donde huian cuando la revolucion, diciendo que iban a matar bestias negras.

Si el frances hubiera sabido que yo era religioso no me hubiera recomendado, porque el sobre nombre de fraile me constituiá incapaz. Esto es catolicos e incendiarios es un aprobo, o por mejor decir el compendio de todos los aprobados, y con decirlo a uno que lo es, creen haber agotado las infurias. Aquellos a humo bajo, soes, materialos, oicos, por dioses, ignorantes, impostor, estocita, con busto, fanatico, supersticioso, capaz, capaz de todas las vilesas e incapaz de honor y sombra de bien se llaman. Parece increible y es ciertisimo. aun en los bosques de los catolicos, es menester no decir uno que es fraile, porque si hay alguna borrona lo echan al agua, como ha sucedido varias veces. Por eso los franceses en Espana los mataban sin remediable dentro y fuera del Convento. Por eso ya casi no existen en Europa. Jose Napoleón los habia exterminado en Espana, y allí iban las Cortes. Donde existen, se los ve con el mayor respeto, y no se les da entrada en ninguna casa decente. Me sucedió en Madrid ir a visitar por persona a la hija del mercader Faria y habiendo pasado recado, me respondio que pusiese memorial. Lo peor es que el fraile

impriime, caracter indeble. Nada se avanza con seguridad, ser obispo, ni Papa. Siempre lo praylean desde proximamente, y en Nossa para despreciar al Papa, o alguna providencia suya dicen humbres y mujeres: "Oh e imposto."

Capítulo 5º

Desde que llegué a Paris hasta que salí de allí

Hago capitulo aparte de mi estancia en Paris para contar en él muchas cosas dignas de saberse. Oiga en el punto donde que llegué a Paris con el conde de Guijón, que llego meranamente, y aun quel Sr. Inquisidor & Procurador en jefe de Espana un socorro, el primero que vino fué de Don Francisco Pérez, que estaba figurando en Botánica y aquella noche corriendo en Madrid. Era uno de los Doctores jóvenes, que de cundimiental (este es el antiguo nombre de el Granada) que habiendo impreso un librito de los derechos del hombre, había puesto en la Audiencia de Santo Oficio de Bogotá. El Abogado Mariano los defendió, haciendo ver que nadie habian hecho sino copiar lo que enserraban los sacerdotes clasicos españoles, de uso corriente, que aun decian mucho mas, y con cien de ellos fué probando cada proposicion. Los oidores no tuvieron que responder, pero á uno de su despacho en America, o' formijo decir, de todos los terrenos del mundo, los enviaron a Espana con su abogado bajo partida de registro, encargandole que cuantos menos llegaran